



El Eco de Cartagena

Año XXXII.

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9086

—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN—

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas. Tres meses, 6 id.—Provincias.—Tres meses, 7'50 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1º y 16 de cada mes.—La correspondencia se dirigirá al Administrador.

—CONDICIONES—

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras, de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31, y en Londres, Agencia General Española, 6, Great Winchester, Street

—LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, CALLE MAYOR 94.—

LEGIA JABONOSA

DE

JOSÉ IGNACIO MIRABET.

TENIENDO SOSPECHAS DE QUE EN ALGUNOS ESTABLECIMIENTOS VENDEN OTRAS CLASES DE LEGIAS, TOMANDO EL NOMBRE DE LA DE MIRABET, Y A FIN DE EVITAR QUE NUESTROS CONSUMIDORES SE VEAN ENGAÑADOS, HE AQUÍ LOS PUNTOS DONDE ÚNICAMENTE SE EXPENDE EN CARTAGENA LA VERDADERA Y LEGÍTIMA LEGIA JABONOSA DE MIRABET.

Cooperativa del Ejército y Armada, calle de Jara; D. Joaquín Rutz, Droguería, Cuatro Santos; D. Joaquín Barceló, Puerta de Murcia; D. Tomás Seva, calle de Osuna; D. José Rutz Navarro, Comedias 5; D. José Romera, Casteliní 1; Sra. Viuda é hijos de Pico, Verduras; Señora Viuda é hijos de Máximo Gutiérrez, Verduras 14; D. José Andren, San Francisco esquina Pallas; D. Ginés García Cañavate, Caballos 1; D. Antonio González, San Fernando 57; Sociedad Cooperativa del Obrero, Glorieta de San Francisco; D. Enrique Aragón, Droguería, Duque 17; D. Antonio Conesa, Sta. Florentina 37; D. Juan Roca, Cuatro Santos 18; D. José Pagán, Aire 8; D. Francisco González, Plaza de los Caballos 6; D. Diego García, Serreta 5, y D. Victor Martínez, Plaza Sevillano, 5.

Para más informes dirigirse al único representante en las provincias de Albacete y Murcia Fernando Giménez de Boreguer, Lizana S, principal, Cartagena.

VIERNES 12 DE FEBRERO DE 1902

COLABORACIÓN INÉDITA

Dibujos de Cilla.—Fotografiados de Laporta.—Texto de Cavia.

MEDALLAS MADRILEÑAS
EL SUBSECRETARIO

ANVERSO.

Conocí á Tomás Trasmóz habré unos doce ó trece años cuando todavía era yo estudiante de Derecho—aunque me esté mal el decirlo—y él recién ganada la borla bermeja, charlaba ya por los codos en la Academia de Jurisprudencia, y hasta se atrevía á alternar en alguna discusión del Ateneo con Moreno Nieto y Azcarate.

En esto, como en otras cosas, la ciencia se halla en lastimosa inferioridad respecto del toreo... Ningún diestro puede honrarse con Lagartijo y Espartaco... Mientras estos no la dan la alternativa. Cualquiera novillero de la palabra puede, en cambio, torear cuanto se le antoje por delante de Castelar, Salmerón y Cánovas.



Ello es que Tomás Trasmóz se había dejado la coleta de hombre serio, y que á despecho de sus impetus juveniles, se apartaba cuanto le era dable de la vida de bureo y de aventuras á que le impellian, no sólo la edad y las amistades, pero también la gentileza de su persona y los buenos ojos con que solían mirarle muchas hembras.

Con todo, ejercía más imperio sobre él el inquieto aguijoneo de la ambición que los soberanos incentivos de la Naturaleza. ¡Calliva creatura!

Milagro fue que todavía le alcanzara yo en ciertas andanzas y mudanzas, y más milagro que nuestro trato se anudase por mediación de una tal Silvestra, nacida en la calle de la Primavera y criada en la de la Pasión.

La hermosa piel de este animal salvaje obscurecía, en punto á tersura, transparencia y espléndido color, las que tanto renombre han dado á Tiziano y Rubens; y era fama, entre los admiradores de aquella obra de arte, que si los llamados á poseerla eran muchos, no había más elegidos por entonces que Tomasito Trasmóz.

Y ocurrió que un día vino á verme la sin par Silvestra, y habló de esta manera, sin hacer—desgracia-

damente—lo que hizo el Tajo con el pecho en análoga ocasión:

—Por la salud de la Jesusa ¿quité hacerme un favor?

La Jesusa era una amiga suya, que se parecía, aunque abundantes de carnes, á

un plato de ternera sin ternera, en la de ser hija de familia sin familia, con la cual procuraba yo

consolarme anticipadamente de la nota de suspenso que habían de darme aquel año en la asignatura de Disciplina Eclesiástica.

—Estoy dispuesto—dije á Silvestra—á hacer lo que usted mande.

—Pues es el caso que ese pillo de Tomás...

Y entró la tan airosa como airada chula—porque ya se habrán figurado ustedes que Silvestra no procedía de ningún colegio del Sacré Cœur—en una serie de confidencias íntimas, al cabo de las cuales sólo resultaban, entre muchas cosas bastante turbias, estas tres harto claras:

Que sus tratos con el buen mozo de la Academia de Jurisprudencia la habían puesto en grave y perentorio aprieto; que el muy picaro había escogido tan críticas circunstancias para hacer el papel de fugitivo Eneas; y que la abandonada Dido me elegía para amigable compenedor, porque solamente yo—entre los que conocía la maltrecha dama—podía tocar el empedernido corazón del político en ciernes.

Yo «era» en efecto, sobrino carnal del general Pérez Gutiérrez, jefe del centro izquierda de la mayoría parlamentaria, y estos vínculos de familia me daban



cierto prestigio á los ojos del ambicioso Trasmóz.

¡De cuán distinta aureola le rodeaba yo, por ser el dueño de una maravilla chulesca!

Acepté la comisión, y me presenté ante Tomasito, orgulloso de llevar encargos que no suelen confiarse sino á personas circunspectas y «corridas.»

Hasta preparé in pectore un discurso con puntos y ribetes de sentimientos; pero mi amigo me desarmó á las primeras de cambio, como habría desarmado D. Nicolás María Rivero á un rural inesperto que se le hubiera subido á las barbas.

—Mira, Manolo—me dijo—no te metas á Redentor hasta que no hayas cumplido los treinta años.... Por ahora no te toca hacer más que el papel de S. Juanito. Diviértete mucho con Jesusa y déjanos en paz á los infieles.

—Lo que haces con la pobre Silvestra es una infamia.

—¡Eche Ud. palabras gordas! Ni el aprieto en que ella dice que yo me encuentro tan hondo y tan á plazo fijo como supone; ni yo, que soy hombre muy modesto quiero, pasar por ser el único responsable; ni estoy yo en el caso de anteponer los hechizos de una deidad de Lavapiés á los adelantos de mi carrera.

—Con efecto—dije por halagar á aquel D. Juan Tenorio de la Sección de Ciencias Morales y Políticas—la otra noche estaba D. Paco Silvela en casa de mi tío el general, y á propósito de tu Memoria en la Academia de Jurisprudencia, le oí hacer algunos elogios que...

—Eso me interesa más que lo de



la Silvestra. Y, vamos á ver, ¿qué dijo? ¿qué dijo?

—Que donde te encuentre te armará la gran bronca; que te ha de sacar los ojos; que eres un arrastrao...

—¡Jesús, María y José! ¿Eso dijo D. Paco?

—No, hombre; la Silvestra.

—Terminemos de una vez. Eso se acabó, y en tu vida debes volver á hablarme de semejante cosa. Dejémonos ya de tonterías. Con que deicias que Silvela...

REVERSO.

—Silvela—decía yo pocas semanas ha, conversando con el subsecretario de un ministerio—es el

primero que desea que te reconcilies con Pérez Gutiérrez y echéis pelillos á la mar.

—Tu tío es muy buena persona; pero ya sabes, Manolo, que no estoy en el caso de anteponer sus rarezas y exigencias á los adelantos de mi carrera política...

Por el lenguaje habrán caído ustedes en la cuenta de que habla Tomasito Trasmóz.

Ha progresado en todo, hasta en echar barriga y en lo de decir adelantos por adelantos.

Se ha hecho todo un orador de empuje; ha sido diputado en tres legislaturas consecutivas; hoy es subsecretario y mañana será ministro: se pone moños, como dirían sus antiguas amigas las chulas, tratando á D. Paco Silvela casi casi como á un igual; y permitiéndose el lujo de reñir con mi tío el general, que ahora es jefe del centro derecho de la izquierda de la mayoría.

Pérez Gutiérrez necesita de él, y



UN DRAMA EN NAPOLES. 107

mentalmente, no me dejaré matar como un perro; vendré cara mi vida.

Desembarazado de sus ligaduras, buscó en sus bolsillos para el caso de que conservaba un cuchillo—pues él nunca abandonaba: no tan sólo tenía el cuchillo, sino que además había conservado el reloj, lo que constituía el milagro más extraordinario que se podía ver, después de tantas peregrinaciones en medio de una sociedad tan traviesa.

No hay que olvidar que Della Porta secuestrado al salir del teatro, vestía de etiqueta; llevaba frac negro, corbata blanca y zapatos; este traje, en medio de los harapos que le rodeaban, producía un contraste sorprendente.

—¿Qué muchacho así! dijo Fra Giacomo dándole familiarmente un golpecito en la espalda.

Después de haber matado á Cipriano, el semblante del bandido parecía menos sombrío.

—Sí, repitió, que muchachos! Habéis hecho un buen negocio, ¿no es verdad? Cipriano la Galla [que Dios haya acogido su alma] bien se había aconsejado que perdiera la vida tranquila. Pero no! todos son lo mismo. [Este dicho se aplicó á las víctimas de Fra Giacomo era feroz] Mientras no se los encierra en un calabozo á seis pies bajo tierra, se creen libres y se figuran que pueden escaparse... ¿Cómo vos un hombre inteligente—porque lo sois...

El banquero saludó.

XI

Al recibir el tiro, Cipriano cayó de cara contra el suelo: durante uno ó dos minutos, escarbó el suelo con sus uñas, y su cuerpo se agitó convulsivamente: después, todo terminó. Cipriano la Galla había cesado de vivir, dejando un hermoso nombre en la historia.

Los demás bandidos, acostumbrados á ejecuciones parecidas, dejaron abandonado á su camarada, sin echar sobre él ni una manta, y fueron á acostarse de nuevo, murmurando como Jacayos molestados en su primer sueño, y gruñendo por haber sido despertados para tan poca cosa.

—Ahora nos toca á los dos! dijo Fra Giacomo aproximándose al banquero.

—Voy á correr la misma suerte, pensó Della Porta viendo que el hermano de Mariuccia cargaba de nuevo la pistola de que se había servido. Pues bien, añadió

UN DRAMA EN NAPOLES. 108

beza sería pregonada, aunque le ha de costar cara al gobierno. Pero he querido evitaros tentaciones y me parece que he obrado bien?

La tropa dió la llamada por respuesta.

—Ya veo que estamos de acuerdo, completamente de acuerdo. Ahora bien, figuraros que paseándome la otra tarde sin pensar en nada malo, supe una cosa. Sí, supe que uno de los nuestros—no quiero nombrarlo—había recibido una carta del Alcalde de Marigliano. Ningún mal hay en recibir una carta—sobre todo una carta de un alcalde—es menester estar bien con todo el mundo, aun con la misma administración del país. Pero su dicha carta M. de Marigliano—que según parece no es de mis amigos—prometía al destinatario 200 escudos de recompensa, si yo era llevado tal día y á tal hora á un punto dado, en donde me esperaba una compañía de bersaglieri, encargada de hacerme algunas preguntas sobre la inmortalidad del alma.

El tono del jefe se había hecho más burlesco al pronunciar las últimas palabras.

Después de un momento continuó:

—El hombre que ha recibido la carta, no contestó nada, ya lo sé; se ha contentado con agradecer las proposiciones del alcalde. Pero este hombre no ha dejado por eso de cometer una falta grave. En vez de entregarme la misiva, la ha guardado. Ha faltado á la promesa jurada, no ha cumplido las condiciones estipuladas; sea por negligencia, sea por miedo, no me ha dicho